

NECESIDAD DE UN MÉTODO FORMATIVO INTEGRAL

Alfonso López Quintás

SITUACIÓN DE DESCONCIERTO ESPIRITUAL

El gran humanista y científico Albert Einstein nos hizo esta grave admonición: *“La fuerza desencadenada del átomo lo ha transformado todo excepto nuestra forma de pensar. Por eso nos encaminamos hacia una catástrofe sin igual”*. Quiero preguntarme en este artículo cuál es la forma de pensar que hubiéramos debido cambiar para no correr tamaño riesgo.

Ese estilo de pensar, sentir y querer, esa idea de la vida y esa mentalidad que nos está exponiendo a una catástrofe es, sin duda alguna, *el ideal de la Edad Moderna*, que podemos formular así: *“Más ciencia, más técnica, más dominio de la realidad, más bienestar y, consiguientemente, más felicidad”*. Este ideal centrado en un tipo de conocimiento dominador y utilitarista reportó inmensos éxitos a la humanidad, pero al final provocó dos hecatombes mundiales.

Tras el primer conflicto (1914-1918) surgió un clamor en toda Europa pidiendo un cambio de ideal. Decenas de pensadores eminentes –los fenomenólogos, los existenciales, los dialógicos...– nos legaron en sus densas y numerosas obras un mensaje esencial: *“Urge dar un giro espiritual y sustituir el ideal del dominio*

por el ideal de la solidaridad, el ideal de la prepotencia por el ideal del servicio”.

Este cambio fue llevado a cabo por personas y grupos particulares, pero no llegó a vertebrar la vida de la sociedad y sobrevino la segunda guerra mundial (1939-1945). En la posguerra se produjo otro clamor a favor de un nuevo ideal, pero tampoco esta solicitud obtuvo el debido eco. La sociedad occidental se encuentra desde entonces en la situación ambigua y menesterosa de quien ha perdido el ideal antiguo y no logra sustituirlo por otro más adecuado a la realidad de personas y comunidades. Hoy no podemos ilusionarnos con un ideal que hizo quiebra trágicamente en dos conflictos mundiales, pero todavía no hemos optado por un ideal nuevo que sea realmente fiable y suscite nuestra adhesión incondicional. Vivimos sin un ideal propio. ¿A qué se asemeja una sociedad sin ideal? A un velero que navega sin timón por un océano tormentoso.

Hacia 1927, Romano Guardini, un lúcido hombre de frontera, creyó ver en el horizonte la llegada de un hombre nuevo, que ama la ciencia y la hace más humana, cultiva la técnica y la vive de forma más espiritual¹. Por esa época, Europa ardía en ansias de generar un hombre *nuevo*, una *nueva* forma de pensar y de vivir, una época *nueva*, verdaderamente post-moderna. Ese afán inspiró numerosos libros, con títulos bien significativos: *El hombre nuevo*, *El pensamiento nuevo*, *La nueva época*, *El mundo desde una nueva perspectiva...*².

1. Cfr. *Briefe vom Comer See* (Cartas del lago de Como), M. Grünewald, Maguncia 1927, p. 89. Cfr. *o.cit.*, Alianza Editorial, Madrid 1970, p. 123. Cfr. *El principito*, Alianza Editorial, Madrid 1972², p. 18; *Le petit prince*, Harbrace Paperbound Library, Nueva York 1943, p. 11. Puede realizarse la misma experiencia con una canción o una obra instrumental. Cfr. W. HEISENBERG, M. PLANCK y otros: *Cuestiones cuánticas*, Kairós, Barcelona 1987, p. 170. Cfr. *Vom Ich als Prinzip der Philosophie*, Frommann-Holzboog, Stuttgart 1980, págs. 77-78.

2. Cfr. H. HERRIGEL, *Das neue Denken*, Berlín 1928; Th. STEINBÜCHEL: *Der Umbruch des Denkens*, Pustet, Regensburg 1936; F.

NECESIDAD DE LÍDERES AUTÉNTICOS

Configurar esa época nueva, ese pensamiento nuevo, ese hombre nuevo requiere un cambio radical de mentes y actitudes, y tal cambio implica sustituir *el ideal egoísta del dominio por el ideal del respeto y la colaboración*. Realizar este giro no es tarea fácil para personas, como las actuales, sobre las que gravitan cuatro siglos de cultura dominadora y posesiva. Por eso necesitamos guías expertos que nos muestren de forma persuasiva que, si queremos vivir como personas, hemos de ascender del *nivel 1 de conducta* —caracterizado por el afán de manejar objetos, dominarlos y ponerlos al propio servicio— al *nivel 2*, en el que vemos las realidades del entorno como fuentes de posibilidades y procuramos crear con ellas relaciones fecundas de encuentro.

Estos guías o líderes no abundan actualmente. En una entrevista televisiva, un joven de 18 años manifestó lo siguiente: “*Hasta hace poco yo era totalmente feliz. Adoraba a mi madre, estaba entusiasmado con mi novia, sentía ilusión por mi carrera. Pero me entregué al juego de azar y me convertí en un ludópata. Ahora, ni mi madre, ni mi novia, ni mi carrera me interesan nada. Sólo me interesa una cosa: seguir jugando. Me veo atado al juego. Y lo que más me duele es que empecé a jugar libremente, y ahora me veo hecho un esclavo*”. ¿Le explicó alguien a tiempo a este desventurado lo que es el proceso de *vértigo o fascinación*? Parece que no. Ni siquiera la psicóloga que dirigió la entrevista aprovechó la circunstancia para darle una mínima clave de orientación. Pudo haberle indicado simplemente que su desgracia comenzó al confundir la *libertad de maniobra* con la *libertad creativa*. ¿Algún formador le indicó, a lo largo de los años de estudio, que existen estas dos formas de libertad y que confundirlas bloquea nuestro desarrollo personal y nos lleva al infortunio? Ese

maestro hubiera sido un *líder auténtico*, una persona que conoce lo que es la persona humana, cómo se desarrolla y cómo se destruye, y sabe comunicarlo a niños y jóvenes para que *aprendan a prever*. El que sabe prever sabe *prevenir*, y evita así de raíz mil problemas. El que no sabe prever es una persona desvalida, expuesta a riesgos abismales.

Por eso es tan preocupante observar que muchos jóvenes estudian ética en diversos momentos de su carrera y llegan a quinto curso de universidad sin conocer las leyes del desarrollo humano. Les preguntas qué función ejerce el egoísmo en la vida personal y se quedan perplejos. En su *Diario íntimo*, Miguel de Unamuno confiesa que es un enfermo de egoísmo, y añade: “*Ya no volveré a gozar de alegría. Lo preveo. Me queda la tristeza por lote mientras viva*”. ¿Por qué vincula Unamuno el egoísmo y la tristeza? Si un joven contesta con precisión a esta pregunta, demuestra saber qué actitudes le ayudan a crecer como persona y qué otras bloquean su desarrollo. Ese joven está formado. No lo está todavía el que ignora la relación que hay entre nuestras actitudes y nuestros sentimientos: egoísmo y tristeza, generosidad y alegría... Esta laguna le impedirá prever qué va a ser de él cuando adopte tales o cuales actitudes. Apenas podrá guiar sus propios pasos y, menos todavía, encauzar debidamente a otros. No podrá ser un líder, en sentido radical.

En la película de I. Bergman *El silencio*, una joven le dice a su hermana con aire exultante: “*¡Fíjate qué fantástico! Tengo relaciones íntimas con un extranjero y, como no sé su lengua ni él sabe la mía, no podemos hablarnos...*”. Un joven que oye esto ¿se da cuenta de la actitud que adopta esa jovencita en su vida y de los riesgos que implica para ella? Si cree que es una simple excentricidad sin importancia, padece una ceguera espiritual hartamente peligrosa.

Para superar esta especie de “analfabetismo espiritual” se requieren *líderes auténticos*, personas que sepan ver con hondura la situación en que estamos y sean capaces de dar claves de orien-

ación que preparen un futuro mejor. Tales líderes nos faltan hoy en buena medida.

- Muchos políticos y periodistas se muestran contrarios al consumo de estupefacientes y colaboran a la reinserción de los drogadictos, pero a veces destruyen ellos mismos de raíz esta benéfica labor cuando, a través de los medios a su alcance, difunden una *mentalidad hedonista*, de la que arranca la tendencia a dejarse arrastrar por diversas formas de vértigo, cuyo punto de arranque es la actitud de *egoísmo* que late en dicha mentalidad.
- De modo semejante, ciertos escritores delatan el incremento actual de la violencia pero practican el *reduccionismo*: reducen el *amor* a mera *pasión*, la *libertad creativa* a *libertad de maniobra*, libertad desgajada de los grandes valores, expresados a través de ciertas normas morales. Según la investigación ética actual, este tipo de reduccionismo es fuente de violencia.
- En los últimos años, diversos gobiernos nacionales dictaron leyes de educación con el propósito de formar personas cabales, que sepan pensar bien, razonar con rigor, decidir de forma equilibrada, incluso practicar la virtud... Pero ¿supieron mostrar el camino para conseguir esa espléndida meta? Lamentablemente, no siempre. Suelen exigir a los profesores que “enseñen” a los alumnos valores y creatividad. Pero ni la creatividad ni los valores se *enseñan*; se *descubren*. La tarea del educador consiste en sugerir a niños y jóvenes que hagan las experiencias necesarias para *descubrir por sí mismos* lo que son los valores y en qué consiste la creatividad, y qué papel juegan la creatividad y los valores en el proceso de nuestro crecimiento como personas. Este descubrimiento se realiza en diferentes fases.

EL DESCUBRIMIENTO DE LOS “ÁMBITOS”

Si queremos proceder con rigor y lograr que niños y jóvenes descubran por sí mismos lo que son los valores y su eficacia para nuestra vida, debemos partir de un hecho básico que todos hayamos de admitir, con independencia de nuestras afiliaciones políticas y creencias religiosas. Según la investigación actual más cualificada —la Biología, la Antropología, la Ética...—, todo ser personal es un “ser de encuentro”: vive como persona, se desarrolla y madura como tal creando toda suerte de encuentros. En consecuencia, *nada hay más importante para nosotros que saber lo que es el encuentro, qué exigencias plantea y qué frutos reporta.*

Ese saber decisivo no podemos alcanzarlo si pensamos que todas las realidades de nuestro entorno pueden ser manejadas como si fueran meros *objetos*. Si un joven adopta esa actitud manipuladora para ponerlo todo a su servicio, no comprenderá nunca lo que es el encuentro y cómo debe comportarse para crecer personalmente. Ya empezamos a descubrir qué *forma* o *estilo de pensar* resulta hoy inadecuado y ha de ser sustituido rápidamente por otro más ajustado a nuestro ser de personas.

Este descubrimiento inicial nos hace ver que, antes de enseñar a niños y jóvenes lo que es el ser humano, debemos ayudarles a *adoptar la actitud ante la vida que viene exigida por nuestra condición de personas*. Para ello, debemos sugerirles que realicen las experiencias adecuadas para descubrir que una persona no se reduce a mero objeto. ¿Qué tipo de realidad presenta? Para contestar adecuadamente, hemos de aprender a mirar a nuestro alrededor de forma penetrante.

- Una partitura puede ser vista sólo como un *fajo de papel*, por tanto como un objeto: una realidad que podemos ver, tocar, medir, pesar, manejar... Este modo de mirar tiene un valor, pero debe ser complementado con otro de mayor rango: el que ve ese objeto como una *partitura*, un con-

junto de signos que nos ofrece la posibilidad de conocer una obra musical e interpretarla. Por ser una *f fuente de posibilidades* para quien es capaz de asumirlas activamente, la partitura tiene un modo de ser superior al de los objetos pero inferior al de los sujetos. *Sujeto* es el autor de la obra. *Objeto* es el material de que está formada. La partitura tiene una condición *relacional* –es una trama de elementos interrelacionados–, *abierto* –otorga diversas posibilidades al intérprete– y *fecundo* –pues, al ser asumida activamente por el intérprete y convertida en su voz interior, hace posible dar nueva vida a la obra musical que expresa–. Debido a esta triple condición, la partitura se parece más a un “campo de realidad” que a un mero objeto. Para distinguir este peculiar *campo de realidad* del espacio entendido vulgarmente como el lugar en que se hallan las realidades materiales, vamos a llamarle “ámbito”. Debemos acostumbrarnos a considerar como “ámbitos” las realidades que son en sí mismas “nudos de relaciones” y, al vincularse a otras, dan lugar a “ámbitos” de mayor envergadura.

- De forma semejante, un piano, visto como mueble, es un objeto; visto como instrumento musical, es un “ámbito”, pues ofrece al pianista un serie de posibilidades de sonar.
- Un ser humano, por ser corpóreo, puede ser medido, pesado, manejado..., como si fuera un objeto. Pero no está cerrado en sí, como los objetos; tiene múltiples relaciones con los padres, los hijos y los amigos, con el pasado y el futuro, con su trabajo profesional y sus actividades artísticas y religiosas... Es concreto y delimitado como los objetos pero abarca cierto campo: tiene iniciativas, proyectos, deseos..., y los comparte con otras personas. Crea relaciones y llega con su influjo a realidades distintas de la suya. Constituye, por tanto, un “campo de realidad”, un “ámbito”.

EL PASO DE LOS OBJETOS A LOS ÁMBITOS

A medida que nos abrimos a la vida, aprendemos a ver como ámbitos muchas realidades que en principio son –o nos parecen– simples objetos. Ese ascenso al nivel de los ámbitos es sugerido por el piloto al Principito cuando éste, al ver el avión sobre la arena del desierto, le pregunta: “¿*Qué es esa cosa?*”. El piloto le corrige inmediatamente: “*No es una cosa. Eso vuela. Es un avión. Es mi avión*”. Un avión, bien entendido, no es un mero objeto, ni tampoco un sujeto; es un “ámbito”, el fruto del entreveramiento de las posibilidades de volar que ofrece eso que llamamos *avión* y la capacidad de asumirlas activamente un piloto.

Cuando convertimos una *tabla* en *tablero* de ajedrez o acotamos un trozo de terreno para que nos sirva de campo de juego, pasamos del nivel de los objetos al de los ámbitos.

Este ascenso marca un cambio en nuestra actitud. En cuanto fajo de papel, una partitura puede deteriorarse y ser cambiada por otra. Como expresión de una obra musical, no puede ser sometida a ningún cambio; merece un respeto incondicional.

Un carpintero hace una mesa. Al final, si no le satisface, la modifica o incluso la destruye. Esta destrucción puede no ser aconsejable por razones económicas, pero nadie podrá decir que quebranta los principios de la ética. Del *producto* de nuestro trabajo artesanal podemos disponer a nuestro arbitrio. No sucede así con los seres que son *fruto* de una confluencia de realidades. Un campesino deposita unas semillas en la madre tierra y espera a que el océano produzca vapor de agua y las nubes rieguen el suelo y el sol dore la mies... El trigo que recoge a su tiempo no es mero producto de su esfuerzo sino fruto de la acción mancomunada de diversas realidades. Por eso, el campesino considera la cosecha como un don y rehuye tirar una barra de pan a un cubo de basura como si fuera un mero desecho. Cada tipo de realidad exige una conducta adecuada a su rango. Un hombre y una mujer son libres para conjuntar sus potencias y engendrar un hijo. Pero

no lo son para disponer de él como si fuera un objeto, un producto de un proceso fabril.

EL DESCUBRIMIENTO DE LAS EXPERIENCIAS REVERSIBLES

Una vez familiarizados con la existencia de los “ámbitos”, realizamos un descubrimiento sorprendente: hay realidades en nuestro entorno que nos “ofrecen” posibilidades para actuar de modo creativo. Al unirse nuestras potencias y esas posibilidades, vivimos una experiencia “reversible”, de doble dirección. Por ejemplo, declamo un poema y le doy vida, y lo hago porque el poema me impulsa a realizar esa acción y me inspira el modo adecuado de realizarla. De modo semejante, yo contribuyo a sostener una institución, y ésta me ofrece una serie de posibilidades que enriquecen mi existencia y me permiten vivir la vida de un grupo...

Al darnos cuenta de que podemos realizar diariamente diversas experiencias reversibles, adivinamos el tesoro que tenemos a mano todas las personas. Para asumir este tesoro e incorporarlo a nuestra existencia, sólo necesitamos cumplir una condición: *respetar el modo de ser de cada realidad y no reducirla a alguno de sus aspectos sino verla en toda la complejidad que presenta*. Uno de los momentos más emotivos de esa joya cinematográfica que es *Ben-Hur* se produce cuando el duro cónsul romano advierte que el galeote Judá Ben Hur –a quien había tenido atado al remo nº 41– le acaba de salvar la vida, y le dice: “¿Cuál es tu nombre, 41?”. No llamar a una persona por su nombre propio sino por el número del remo que debe mover mecánicamente supone una reducción violenta de su rango como ser humano. Al advertir que ese hombre vejado no actuó con despecho sino que le devolvió bien por mal, el altivo jefe da el salto del nivel de la prepotencia y el dominio –nivel 1– al de la creatividad y el respeto –nivel 2–. Si desea crear con Judá Ben Hur una relación personal de agradecimiento y amistad, el cónsul debe tomar en consideración cuanto

implica aquél como ser humano, y esa totalidad –o *campo de realidad*– viene expresada por su nombre propio. El lugar que ocupaba el infortunado joven en la bodega de la galera servía para caracterizarlo de algún modo a efectos de control, pero era del todo insuficiente para designarlo como persona.

El cuidado en distinguir los distintos modos de realidad que existen y las diferentes actitudes que debemos adoptar respecto a ellos está empezando a darnos luz para comprender acontecimientos muy significativos de nuestra vida. Las experiencias reversibles o bidireccionales sólo se dan entre seres que tienen cierto poder de iniciativa. Por eso, si queremos vivir tales experiencias y beneficiarnos de su inmensa riqueza, debemos respetar las realidades circundantes en lo que son y en lo que están llamadas a ser. El que no respeta una realidad podrá tal vez dominarla, pero se condena a no fundar con ella una fecunda relación creativa. Es creativa una persona cuando recibe activamente posibilidades que le permiten dar origen a algo nuevo, dotado de gran significación para su vida.

Estamos en un momento decisivo del proceso de formación humana. Para que el joven comprenda por dentro la fecundidad de las experiencias reversibles, hemos de invitarle a aprender de memoria un poema –por breve que sea– y recitarlo una vez y otra con voluntad de darle toda su expresividad. A los pocos minutos, el joven hará esta experiencia reveladora: *El poema –que era al principio distinto de él, distante, externo y extraño– se le ha vuelto íntimo sin dejar de ser distinto*. Se convirtió en su voz interior, en el impulso de su actividad como declamador. El poema le ha venido dado *de fuera*; pero ahora brota *en su interioridad* como si hubiera sido creado por él.

Este descubrimiento nos permite ahondar de modo insospechado en la vida humana pues nos adentra en el secreto de la actividad creativa. Al realizar experiencias reversibles, superamos la escisión entre el interior y el exterior, el dentro y el fuera, lo mío y lo tuyo. Al percatarse de esto, el joven da un paso de gigante

hacia su madurez personal. Descubre, por ejemplo, que una norma que le viene dada *del exterior* es distinta de él pero puede hacerse íntima si él asume activamente las posibilidades de vida que ella le ofrece. En consecuencia, las normas –cuando son acertadas y fecundas– no destruyen su libertad interior; la hacen posible si las asume de modo creativo. Al ver salvaguardada su *libertad creativa* –que es la verdadera libertad–, el joven puede lanzarse a vivir con entusiasmo una existencia fiel a normas y preceptos que se le revelan como eficaces. Difícilmente caerá en la tentación de prescindir de toda norma por afán de regir su conducta por criterios *proprios* e incrementar, así, su libertad y su independencia.

EL DESCUBRIMIENTO DEL ENCUENTRO Y LOS VALORES

En las experiencias reversibles creamos modos de unidad entrañables con las realidades del entorno porque vemos éstas como ámbitos. Cuanto más elevada en rango es la realidad con la que nos relacionamos, más valiosa puede ser nuestra unión con ella. El *encuentro* –visto en sentido estricto– es el modo privilegiado de unión que establecemos con las realidades personales, que son ámbitos dotados de un peculiar poder de iniciativa. Tengo una preocupación y te pido ayuda. Respondes a mi invitación ofreciéndome las posibilidades que tienes de pensar, expresarte, razonar, comprender situaciones y resolver problemas. Yo respondo a tu oferta de modo activo, poniendo en juego mis posibilidades. Tú influyes sobre mí, yo sobre ti, y entre ambos ordenamos nuestras ideas, las clarificamos y entreveramos una salida a la cuestión propuesta. Esta colaboración supone el entreveramiento de nuestros ámbitos de vida, la creación de un *campo de juego* común, un ámbito de encuentro. En él *participamos* el uno de la vida del otro, y compartimos nuestros gozos y nuestras penas, nuestros problemas y nuestros éxitos.

Para que este *campo de juego* tenga solidez, firmeza y estabilidad, debemos cumplir ciertas exigencias. La primera es la *generosidad*. Si soy generoso contigo, no te reduzco a medio para mis fines; te *respeto* y *estimo*, y, por tanto, *colaboro* contigo para que te realices plenamente. Esa colaboración implica que me *abra* a ti de modo *sincero* y *veraz*. El que se manifiesta a otro con falsedad no muestra una voluntad de entrega total, sino de reserva, y no engendra *confianza*. La desconfianza invita a cerrarse en sí y anula de raíz el encuentro. Sólo si tengo *fe* en ti y *confío* en que me vas a ser *fiel*, me muevo a hacerte *confidencias*.

Si ves en mi apertura confiada hacia ti una búsqueda *desinteresada* de intimidad, no dudas en vibrar conmigo, en cualquier circunstancia. Esa capacidad de vibración se denomina *simpatía*. La apertura *simpática* al otro florece en una relación de encuentro si va inspirada por una decisión de *fidelidad*, entendida no como mero aguante sino como perseverancia en la voluntad de *crear* en todo momento lo que uno, un día, prometió crear en el futuro.

Las antedichas exigencias del encuentro encierran para nosotros —“seres de encuentro”— un inmenso *valor* porque nos permiten desarrollarnos como personas. Tienen *valor* la generosidad, la fidelidad, la veracidad... porque nos ofrecen posibilidades para encontrarnos. Si asumimos estas posibilidades en nuestra conducta, convertimos los valores en *virtudes*. “Virtudes” significa en latín *capacidades*. Las virtudes nos capacitan para crear formas auténticas de unidad y amistad.

Ahora vemos claramente que la forma de pensar, querer y decidir adecuada a nuestra condición de seres de encuentro es la que se muestra generosa, respetuosa, colaboradora, fiel, veraz, sincera, cordial...

EL DESCUBRIMIENTO DEL IDEAL AUTÉNTICO DE LA VIDA HUMANA

Nos falta por descubrir la *meta* a la que debe orientarse esa conducta virtuosa. La descubrimos al vivir el encuentro y experimentar con asombro los *frutos* del mismo. Cuando nos encontramos de verdad, obtenemos energía para vivir con dignidad, y sentimos alegría, entusiasmo, felicidad, paz interior, amparo y gozo festivo. Siempre que hay encuentro hay fiesta. La experiencia de tales frutos nos lleva a la convicción interna de que *el valor más alto de nuestra vida es crear las formas más elevadas de unidad, es decir, de encuentro*. He aquí la característica más importante del nuevo estilo de pensar y de vivir: *considerar que nuestra vida se desarrolla plenamente cuando se orienta hacia el ideal del encuentro y dirige todas sus energías –corpóreas y espirituales– a crear las formas más elevadas de unidad con los seres del entorno*.

Al descubrir el ideal, se nos abre una perspectiva maravillosa, desde la cual descubrimos en qué consiste la verdadera libertad humana, cómo adquiere nuestra vida su plenitud de sentido, a qué tipo de creatividad estamos todos llamados y cuál es la función primaria del lenguaje y el silencio, vistos como vehículos natos del encuentro. Cuando vemos por dentro que toda nuestra vida depende del ideal por el que optemos, llegamos a la conclusión decisiva de que la meta del proceso formativo es conseguir que niños y jóvenes descubran el verdadero ideal, se entusiasmen con él y opten por convertirlo en la meta de su vida, meta que es, a la vez, punto de llegada y fuente de energía.

APORTACIÓN DE LAS DIVERSAS ÁREAS DE CONOCIMIENTO AL PROCESO FORMATIVO

Las distintas áreas de conocimiento –Matemáticas, Ciencias físicas y naturales, Geografía e Historia, Música...– pueden y deben contribuir a la formación humana de los alumnos. Basta que ayuden a clarificar, desde algún punto de vista, la importancia que tiene en el mundo físico y en el cultural el concepto de *relación*, estrechamente emparentado con el de encuentro. Veamos esquemáticamente un ejemplo de cómo es posible esta labor.

1. Las *Matemáticas* tienen por cometido la creación de estructuras. Toda estructura implica una ordenación de diversos elementos. Esta forma de *orden*, configurado por la mente humana, presenta una afinidad enigmática con el orden que rige el universo y que, por eso, puede expresarse en lenguaje matemático. Los grandes pioneros de la ciencia –Kepler, por ejemplo– se extenuaron buscando las fórmulas que permiten comprender y expresar la constitución íntima del universo por la convicción de que éste fue configurado de forma *ordenada*. Por eso, eminentes científicos contemporáneos, –Max Planck, entre otros– no tuvieron reparo en afirmar que es imposible investigar científicamente el mundo sin el respaldo último de la fe religiosa.

El profesor de matemáticas debe enseñar a operar con las estructuras: resolver una ecuación, interpretar una fórmula, realizar una integral o una derivada... Al mismo tiempo, ha de subrayar el *poderío* de tales estructuras –que permiten dar razón de la marcha de la naturaleza–, y la *belleza* que la armonía interna les otorga. Para Kepler, “la geometría es el arquetipo de la belleza del mundo”. Al recibir el Premio Nobel, Chen Ning Yang hizo la siguiente declaración: “Permítanme ustedes subrayar que la sencillez conceptual y la verdadera belleza de las simetrías que resultan de experimentos tan complicados representa para los físicos

un gran aliento. Aprendemos a esperar que la naturaleza tiene un orden”³.

Si se orienta así el curso de matemáticas, el alumno lo termina firmemente convencido de que algo muy hondo late en el concepto de relación.

2. El profesor de Ciencias físicas destaca que “la materia no es más que energía ‘dotada de forma’, *informada*; es energía que adquirió una estructura”⁴. Ello permitió decir al famoso físico inglés A. S. Eddington: “*Dadme un mundo –un mundo con relaciones– y crearé materia y movimiento*”⁵.

El alumno empieza a pensar seriamente que la relación no afecta de forma *accidental* a cada uno de los seres; decide la existencia de los mismos.

3. La Historia del arte nos enseña que la maravilla del arte griego se debe al descubrimiento de que la belleza es debida a la *armonía*, y ésta se logra conjuntando la *proporción* y la *medida*. Subes a la Acrópolis ateniense y ves cómo se alza en la explanada el Partenón. Te asombra su armonía, admiras su equilibrio y dejas que la vista se complazca en el halo de majestad que irradia. Luego descubres que esa armonía responde a un cálculo preciso de la interrelación de las distintas partes de la obra entre sí (*proporción*) y de toda la obra con la figura humana (*medida*). La altura de la columna dórica es 16 veces mayor que el radio de la base, tomado como módulo.

La anchura del triglifo y de la metopa se halla en una proporción de 1 a 1,6. Hasta los pormenores más exigüos guardan proporción entre sí. Algo semejante cabe decir de las obras esculturales, por ejemplo la Venus de Milo y el Apolo del Belvedere. Sus dimensiones guardan relación con las de la figura humana, son *medidas* o *mesuradas* por ésta. Pero también las dimensiones

3. Cfr. *Physikalische Blätter*, 14 (1958) 344.

4. Cfr. Henri PRAT, *L'univers multidimensionnel*, Les Presses de l'université de Montréal, Montréal 1971, p. 15.

5. Cfr. *Space, time and gravitation*, Cambridge 1920, p. 202.

de cada una de sus partes tienen una medida interior porque están proporcionadas entre sí conforme a ciertos cánones generadores de belleza. Los artistas griegos advirtieron que, si se divide una superficie en dos partes, de la cual una ocupe el 0,382 del conjunto y la otra el 0,618 —o bien, el 0,528 y el 0,472— el efecto resultante es de gran equilibrio y belleza. Las proporciones de la Venus fueron calculadas de esta forma. Se dividió su figura en dos partes: desde la coronilla de la cabeza hasta el ombligo, y desde aquí hasta la planta del pie. Esta segunda parte abarca el 0,618 de la longitud total. La otra se reduce al 0,382. Cada una de estas dimensiones es subdividida en otras dos: de la coronilla de la cabeza hasta el arranque del cuello, y de aquí al ombligo. La primera parte abarca el 0,472, y la segunda el 0,528. Cada una vuelve a dividirse, de forma que hasta la parte más diminuta del cuerpo queda sometida a proporción mutua.

Esta relación proporcional —determinada por la llamada “sección áurea” o “número de oro”— no se ve pero se siente. Es una realidad de tipo distinto a la del material de que está compuesta la obra, pero no es menos real. Es tan real que merced a ella esos productos del ingenio humano se convierten en *campos expresivos* llenos de *armonía*. Tales campos son *ámbitos*, no meros objetos. Estas obras pesan, ocupan un lugar, tienen límites precisos, ofrecen resistencia, pueden ser tocadas, desplazadas, vendidas... Pero superan con mucho el nivel de los meros objetos. Son puntos de irradiación de belleza, de armonía, de expresividad y simbolismo...

Este criterio de la belleza fue extendido por los griegos a todos los aspectos de la vida humana: el urbanístico, el político, el moral... Una acción moral es bella si es equilibrada, mesurada, armónica.

Al final del curso, el alumno se ve sumergido gozosamente en el sugestivo mundo del arte y sobrecogido por el poder que tiene la relación de “engendrar obras en la belleza” —como decía Platón— y convertir la vida humana en algo digno de ser amado.

4. Lo dicho acerca de la importancia de la relación –del entrecruce de ámbitos de realidad o encuentro– halla en la música una confirmación inmediata, vivaz e impresionante. La música comienza con la relación y crea sus espléndidos edificios sonoros a base de interrelaciones. El ritmo surge al interrelacionar diversos sonidos. Esta interrelación rítmica da origen a la melodía. Diversas melodías superpuestas permitieron descubrir el fenómeno sorprendente de la armonía. Todo en la música es relación. Al oír el primer tema de una obra, vibramos con la obra entera. Al entrar en contacto con los materiales sonoros, presentimos los otros seis niveles de la composición: los sonidos intervinculados, la estructura que los ensambla, la emotividad que suscitan, los ámbitos que expresan, el mundo cultural que inspiró su estilo, la situación vital para la que fue compuesta la obra. La música nos insta a no quedarnos en los valores inmediatos sino a trascenderlos hacia las realidades a las que remiten. Aprendemos, así, a dar a nuestra inteligencia las tres condiciones de la madurez: *largo alcance, amplitud y profundidad*.

Todavía gana mayor madurez nuestra forma de pensar cuando observamos que en la interpretación musical superamos la escisión entre la *independencia* y la *solidaridad* y aprendemos a relacionar ambas actitudes fecundamente. En una obra polifónica, cada voz goza de total independencia respecto a las otras. Nadie puede inmiscuirse en ella. Pero, cuando empieza a cantar, presta suma atención a las otras, atempera su volumen y su ritmo al de ellas, aviva la sensibilidad para crear un tejido sonoro armónico y equilibrado. El que adopta una actitud creativa, no intenta dominar a nadie e imponerse. Al contrario, se cuida de promocionar a los demás y resaltar sus cualidades, pues la riqueza del encuentro es proporcional a la calidad personal de quienes se unen.

Por su carácter eminentemente creativo, se supera en la música la escisión entre la *autonomía* y la *heteronomía*. El buen intérprete obedece a la partitura, que es su cauce expresivo, el principio de su actuación artística, su impulso creador. Sabe que sin la

obra no sería nada, estaría condenado a la inexpresividad. Cuando se entrega a la tarea de re-crear la obra, advierte que gana una libertad interior gozosísima, se ve dotado de la capacidad de crear toda una trama sonora, llena de belleza y expresividad. Al ajustarse a la obra, limita su *capacidad de maniobra*, pero adquiere su auténtica *libertad expresiva* al crear un campo de juego o encuentro. En éste se supera la relación de alejamiento entre el aquí y el allí, el interior y el exterior y se gana una relación peculiar de intimidad, que no fusiona a quienes se unen, antes incrementa su propia identidad.

Por el mero hecho de practicar la música, se cultiva la vida del espíritu –con lo cual se promueve la auténtica cultura–, sencillamente porque siente vivamente la importancia de la relación para crear formas perfectas y engendrar la más alta belleza.

Se descubre la *lógica de la creatividad*, se comprende por dentro el hondo sentido que daban los antiguos a la “armonía de las esferas”.

5. Cuando un alumno así formado en las diferentes áreas de conocimiento asista a clase de *Ética* o *Formación humana* y oiga explicar al profesor que somos “seres de encuentro” y nuestro verdadero ideal es el de la unidad, se dirá para sus adentros espontáneamente: “¡Pues claro! ¿Cómo iba a ser de otro modo si todo el universo está fundado en la relación y nuestras obras culturales más excelsas son tramas de relaciones?” Al oír que, para crecer como personas, debemos vincular libertad y normas, libertad y estructuras, autonomía y heteronomía, independencia y solidaridad..., el alumno no se dejará llevar por la tendencia actual a considerar las estructuras y las normas como una camisa de fuerza impuesta a la espontaneidad de la conducta humana. Sabe entender esos esquemas como *contrastos*, no como *dilemas*, pues aprendió en diversas áreas que la estructura, bien entendida, es principio de vida, y la norma –si es juiciosa y fecunda– ofrece un cauce a la libertad humana para desplegarse airosoamente.

Vemos que, con este método, las enseñanzas de los profesores se conectan en el espíritu del alumno merced al hilo conductor de la categoría de relación. Además de transmitir unas enseñanzas, los profesores irradian un espíritu peculiar, un modo positivo de ver la realidad, una perspectiva lúcida desde la cual puede el alumno penetrar en el reducto último de la existencia. Esa perspectiva es la propia del *pensamiento relacional*. A partir de ella es posible levantar todo el edificio de la formación humana⁶.

EL IDEAL DE LA UNIDAD CONSTITUYE EL NÚCLEO DE LA VIDA CRISTIANA

En todo el Nuevo Testamento –y de modo singular en el capítulo 17 del Evangelio de San Juan– queda patente que *la unidad es la meta del cristiano*. En su cena de despedida, Jesús pidió al Padre que sus discípulos *estén profundamente unidos* para que el mundo crea que Él es el Mesías. Quien asuma este mandamiento como un canon de vida está bien dispuesto para orientar debidamente la formación de los niños y los jóvenes actuales.

Todo hogar y todo centro de enseñanza deben ser –sobre todo si se declaran cristianos– un *lugar de encuentro*, a fin de conseguir que los alumnos descubran por sí mismos el auténtico ideal y opten decididamente por él. “Tu gran pensamiento quisiera yo saberlo”, decía Nietzsche. Ese gran pensamiento es el ideal. El ideal verdadero integra todas nuestras energías y las orienta hacia la práctica del bien. Al hacerlo, nos eleva a lo mejor de nosotros mismos, nos pone en verdad, nos convierte en *verdaderas* personas, de modo semejante a como decimos “ésto es *verdadero* Bach” cuando una interpretación lograda nos muestra una de sus obras en todo su esplendor.

6. Estas ideas sobre la conversión de los profesores en formadores se hallan expuestas en mi obra *Cómo lograr una formación integral. El modo óptimo de realizar la función tutorial*, San Pablo, Madrid 1997.

La gran tarea de los centros escolares radica en ayudar a los alumnos a cobrar conciencia clara de lo que implica ser persona y sentir asombro ante su grandeza. “*El hombre se hace más grande —escribe Friedrich von Schelling— a medida que se conoce a sí mismo y descubre la fuerza que tiene. Avivad en el hombre la conciencia de lo que es, y aprenderá pronto a ser lo que debe ser; haced que se respete a sí mismo en el nivel teórico, y el respeto práctico no se hará esperar*”.

La grandeza del ser humano radica en su capacidad de crear encuentros. Cuando se encuentra, vive plenamente. Si rehuye el encuentro, queda vacío de sentido. Una vida sin sentido es absurda y da lugar a buen número de desarreglos patológicos.

El lema que rigió buena parte de las luchas ideológicas en el siglo XIX y buena parte del XX fue “*O atacar al cristianismo o defenderlo*”. El lema de hoy es más radical: “*O destruir al hombre o construirlo*”. Si queremos que nuestros jóvenes afronten su destino con seguridad y decisión, debemos dotarlos de claves de orientación suficientes para clarificar por sí mismos qué actitudes destruyen su personalidad y qué otras la construyen. Es la tarea básica del proyecto formativo denominado Escuela de Pensamiento y Creatividad, que intenta hacer un largo camino con creyentes y no creyentes en la búsqueda de un ideal que la tradición religiosa y la investigación científica y humanística consideran —desde su perspectiva peculiar— como la meta de toda persona que desee llevar su personalidad a plenitud⁷.

7. El pensamiento y el método de la Escuela de pensamiento y creatividad son expuestos en diversos materiales. Entre ellos resaltan los siguientes libros: *Estética de la creatividad. Juego. Arte. Literatura*, Rialp, Madrid 1998; *Inteligencia creativa. El descubrimiento personal de los valores*, BAC, Madrid 1997; *El amor humano. Su sentido y su alcance*, Edibesa, Madrid 1994; *Cómo formarse en ética a través de la literatura*, Rialp, Madrid 1994; *Cómo lograr una formación integral*, San Pablo, Madrid 1997; *La revolución oculta. Manipulación del lenguaje y subversión de valores*, PPC, Madrid 1998.